

J. A. FORTEA

FORTENIANA OPERA DAEMONIACA VII



EL
PURGATORIO

*Historia y geografía
de sus moradas*



TRATADO ACERCA DE LA
NATURALEZA DE LA ESCATOLOGÍA
INTERMEDIA Y DE LA VARIEDAD
DE FORMAS DE MORAR EN ELLA

SEKOTIA

J. A. FORTEA

EL PURGATORIO
HISTORIA Y GEOGRAFÍA
DE SUS MORADAS

*Tratado acerca de la naturaleza de la escatología inter-
media y de la variedad de formas de morar en ella.*



*Colección
Forteniana Opera Daemoniaca*

SEKOTIA

© JOSÉ ANTONIO FORTEA, 2024

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2024

Primera edición: noviembre de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN FORTENIANA OPERA DAEMONIACA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: Javier Díaz Martínez

www.sekotia.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-19979-54-4

Depósito: CO-1688-2024

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

PRÓLOGO.....9

CAPÍTULO I.

VISIÓN PANORÁMICA DEL PURGATORIO 11

El purgatorio suele ser breve12

Relación entre el tiempo de la tierra y el del purgatorio..15

El tiempo concreto que suele durar el purgatorio 16

Variedad en el purgatorio19

En el cielo nada puede entrar impuro.....20

El purgatorio superior21

Conveniencia de esta franja superior25

La doctrina de las indulgencias26

La tesis 82 de Lutero30

Casos extremos de larga duración purgante32

CAPÍTULO II.

HISTORIA DEL PURGATORIO 35

Prólogo35

El purgatorio antes de la redención.....38

El seno de Abrahán..... 38

El sufrimiento del purgatorio 40

Moradas dentro del seno de Abrahán 43

Libre albedrío en el kolpos..... 44

La cuestión del mérito en la escatología intermedia.....	45
La mejora accidental del grado de gloria	47
El descenso de Cristo a las regiones inferiores.....	49
El descenso de Cristo al infierno.....	54
El descenso globalmente considerado	55
Características del purgatorio	57
La cuarentena de edad como tiempo de madurez	57
La iluminación en el último momento de vida.....	63
La gracia y la naturaleza.....	65
El sufrimiento del purgatorio	68
La relación entre purificación y merecimiento	70
¿Se puede pecar en el purgatorio?	74
Enfermedad mental y estado intermedio.....	78
Semejanzas entre el kolpos y el purgatorio actual	79
Los niños sin uso de razón	81
Las expresiones radicales de las escrituras	88

CAPÍTULO III.

GEOGRAFÍA DEL PURGATORIO	91
El purgatorio como lugar físico	91
Las sensaciones corporales en el purgatorio.....	91
Teología de la resurrección	94
Aspectos de la teología del cuerpo en el infierno.....	96
El entorno físico del purgatorio.....	99
Las moradas del purgatorio.....	103
Mapa general del purgatorio.....	108
Los marcos físicos de los mundos espirituales humanos ...	110
El kolpos como realidad actual	115
La raya que delimita existir como viador o no	117
Actos salvíficos <i>post mortem</i>	117
El efecto nivelador del kolpos	124

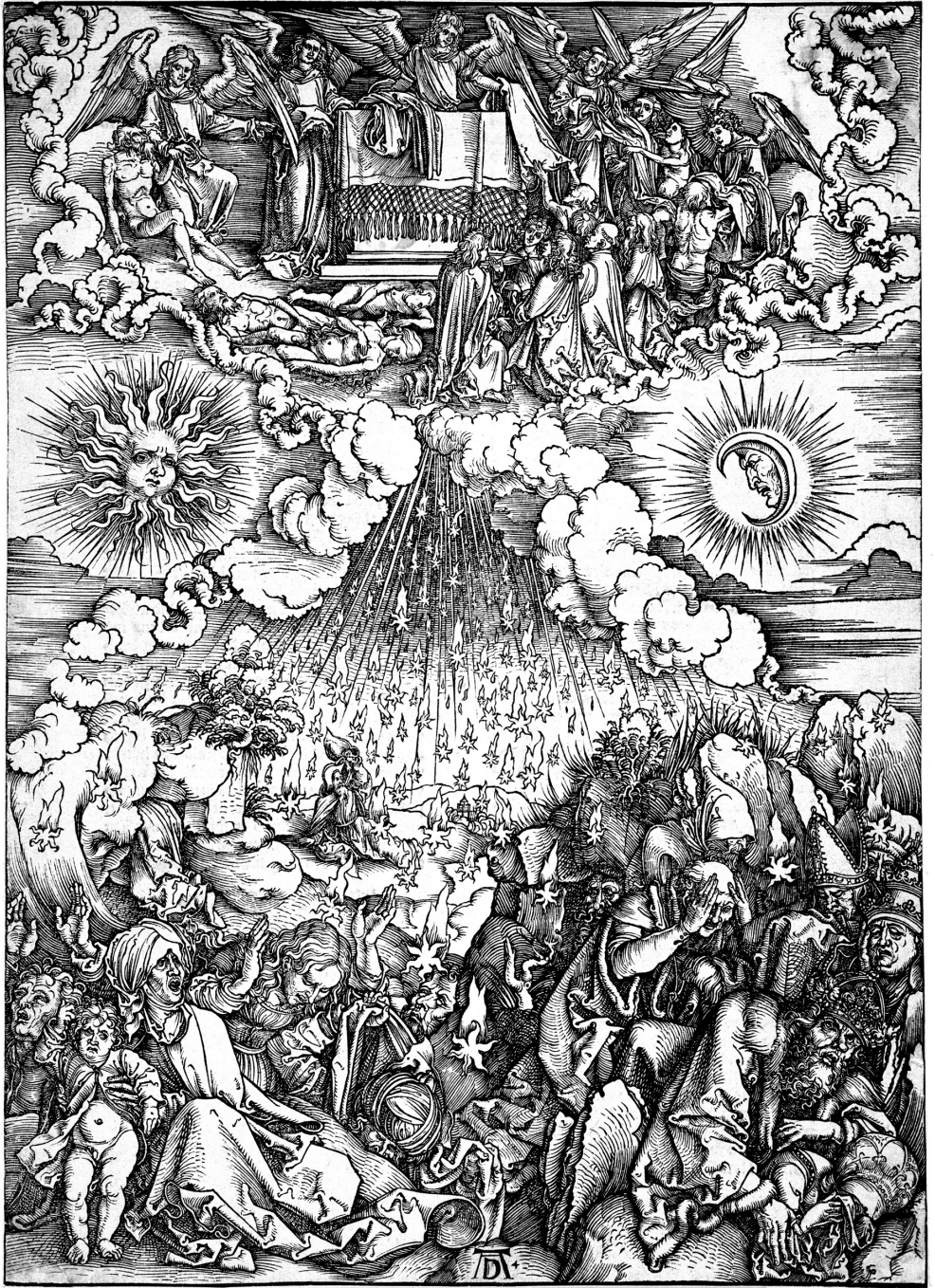
CAPÍTULO IV.

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES SOBRE EL PURGATORIO 129

- Las fases temporales de las moradas kolposianas..... 129
- Cómo imaginar a las almas..... 135
- La historia de la sociedad purgante..... 136
- Manifestación de las almas en la tierra..... 143
- Paralelismo entre el descenso a los infiernos
y el juicio final..... 145
- Diferencias entre el kolpos precristiano
y el purgatorio actual para los bautizados..... 148
- La escatología intermedia como elemento nivelador 151

EPÍLOGO 155





PRÓLOGO

Este no es un libro de divulgación sobre el purgatorio, sino una obra que intenta hacer avanzar la teología sobre esa morada. Doy por supuesto que los lectores de este libro ya son buenos conocedores de los tratados donde se explica todo lo esencial sobre el purgatorio. Mi libro edifica sobre la base de esos tratados sin tener que volver a explicar todo lo esencial.

Alguien pensará que lo de «historia y geografía» referido al purgatorio es un título pensado solo para atraer la atención. Pero no, realmente la sociedad de los que se purifican ha durado miles de años y ha contado con una verdadera historia. Y también se puede hablar de una geografía de las moradas de los espíritus, pues ese «lugar» cuenta con distintas «regiones».

Esta obra es la continuación natural de otro libro mío, titulado *Tratado sobre las almas errantes*. La lectura de ese libro es altamente recomendable pues en la presente obra continúo mis reflexiones allí donde las dejé aquel entonces. Resulta recomendable, no necesaria. El que no haya leído ese título precedente podrá entender los argumentos y la exposición de lo que tras toda una vida de reflexión vislumbro que es el purgatorio.

Una aclaración terminológica: cuando hablo de *escatología intermedia* me refiero al periodo que va desde la muerte hasta la resurrección universal, el periodo de tiempo que va desde la pérdida del cuerpo hasta la recuperación del cuerpo.



CAPÍTULO I.

VISIÓN PANORÁMICA DEL PURGATORIO

Ocho años después de acabar este libro, consideré adecuado añadir la II parte en que expongo mi opinión acerca de lo que es el purgatorio; del purgatorio en general, con independencia de lo expuesto acerca de las almas errantes.

En un primer momento consideré que lo mejor sería colocar esta parte al principio de la presente obra. Después llegué a la conclusión de que la exposición general que ofrezco del purgatorio se entiende mejor si uno ya ha leído las partes relativas a las almas errantes. Como ya advertí al comienzo de ese libro, esta no es una obra de divulgación, sino que trata de aspectos más complejos de esta realidad teológica, así que puedo invertir el orden expositivo que sería natural. Invertiendo el orden se entenderá mejor la visión panorámica de estas moradas situadas más allá de la tumba.

Considero que la parte de esta obra relativa a las almas errantes está fundada en afirmaciones de las Escrituras y en otros textos que, por sí mismos, merecen ser atendidos con respeto. Mientras que la parte de esta obra referida al purgatorio en general, la presente parte, ofrece una visión más

subjetiva, no fundada en la autoridad de otros. La parte presente me parece mucho más creativa e interesante, por haber escrito con libertad sin necesidad de atarme a las citas de otros autores. Con libertad, sí; pero después de haber reflexionado toda esta doctrina durante los casi diez años que van de la redacción de una parte y de la otra. Equivocado o no, he meditado mucho cada afirmación de las siguientes páginas. E incluyo las siguientes páginas en un único libro, porque la parte de las almas errantes y la parte del purgatorio en general se complementan admirablemente.

Una cosa más. La segunda parte de este libro no me ha resultado fácil compartimentarla en unos capítulos dedicados a las moradas del purgatorio y en otros capítulos dedicados a su evolución histórica. Tanto su geografía como su historia se tratan a lo largo de toda esta segunda parte, entrelazándose una y otra vez.

EL PURGATORIO SUELE SER BREVE

La mayoría de las personas que entran en el purgatorio lo hacen con pequeños pecados sobre su conciencia, casi todos de debilidad: lujuria, gula, haber abusado de la bebida, del juego, haber consumido cannabis. A estos pecados de debilidad se les añaden pecados no muy graves como el cotilleo, la murmuración, mentiras pequeñas, manías contra alguien, moderados rencores, enfados, egoísmos y faltas por el estilo.

En todas estas faltas no suele haber mucha maldad y la persona, tras la visión celestial que haya tenido al salir de su cuerpo, al ver después que él se encuentra en el más allá, y con la compañía y acción de los ángeles y de los santos, con toda facilidad se arrepiente de sus pecados; y cada vez aumenta más ese arrepentimiento, con un dolor progresivamente más puro, cada vez más profundo. El remordimiento se va

haciendo más perfecto en el purgatorio. Un remordimiento que al ser más perfecto se va tornando más purificador.

Muchas personas, además, han pasado un duro purgatorio en la última etapa de su vida. Pues en los postreros meses, a menudo, las dolencias se tornan crueles. Si, ya en los últimos dos o tres años de la vejez, los achaques van convirtiéndose en un purgatorio en vida, en los últimos meses pasan a ser una pequeña pasión. Y a ese proceso de humillación que es la vejez en su etapa final se añade que, cuando la partida de este mundo está próxima (a una distancia de menos de una semana), se recorren los velos del más allá y tienen sueños o visiones. En mi experiencia como capellán de hospital, ejerciendo durante más de un decenio, doy fe de que es muy común que vean a sus padres, los cuales les dicen algunas palabras, normalmente tranquilizadoras.

¿Cómo no voy a tener esta visión del más allá tan benigna si las visiones de estos familiares son tranquilizadoras? Y lo mismo se puede decir de las conversaciones con la contemplación de la luz que está al final del túnel. Si se me permite un juego de palabras, la doctrina católica de las indulgencias se inscribe en una visión indulgente del purgatorio; no en una visión cruel, férrea, de un purgatorio terrible. Por lo menos, el purgatorio del común de los mortales no es terrible.

Aquí no puedo dejar de contar una pequeña anécdota. De vez en cuando yo paseaba con un pastor evangélico. Una tarde me dijo: *Yo creo que el gran problema de la Iglesia católica es que habéis concedido el perdón de Dios con demasiada facilidad.* Esas palabras que fueron lanzadas como acusación se convirtieron ¡en uno de los mayores elogios que haya escuchado nunca!

¿Visiones al final de la vida? ¿El que va a morir ve algo? En las películas que tienen pretensión de ser realistas, en las batallas, en los asesinatos de la mafia, etc., aparece que los protagonistas mueren como animales. Parece que, cuanto

más se intensifique esa sensación de animalidad, esa muerte sin esperanza, la película será más realista. Lo cierto es que los hijos de Dios no mueren como animales, la presencia de los santos, de los ángeles, de los familiares bienaventurados es mayor que nunca. Con cura al lado del moribundo o sin cura, el tránsito a la otra vida es un misterio de la misericordia de Dios, es un momento en el que actúan los seres invisibles: ángeles y santos.

Un sacerdote de la prelatura del Opus Dei, don Tomás Belda, me contó que estaba san José María Escrivá viendo una película con otros sacerdotes de la prelatura. Y don Tomás fue testigo de cómo, en un momento dado, ordenó que se detuviera la película, y les dijo a los presentes, con mucha fuerza, que los hijos de Dios no morían así, como animales. Sí, mi experiencia como capellán de hospital es que las películas nos muestran esa visión materialista, así son los guiones, así es la voluntad del director, pero puedo asegurar como capellán que la realidad es muy distinta. Los enfermos a los que les vuelve a funcionar el corazón cuentan las visiones que han tenido. Aunque no los veamos, alrededor de los moribundos hay ángeles, santos y familiares que ya son habitantes del cielo.

Cuando un alma llega al purgatorio, lo más normal es que ya arribe muy preparado por su etapa terrestre final de sufrimiento. De manera que no me extraña que muchos pasen en el purgatorio muy poco tiempo. Bastará una indulgencia plenaria para acabar de «quemar» toda la escoria que todavía quedase en esa alma. Como solo suele haber pecados de debilidad, en muchos casos de buenos cristianos bastará tener el escapulario del Carmen para salir del purgatorio al siguiente sábado.

RELACIÓN ENTRE EL TIEMPO DE LA TIERRA Y EL DEL PURGATORIO

¿Es correcto afirmar que un alma salió del purgatorio el sábado siguiente a la muerte, por ejemplo? La respuesta es sí. No olvidemos que en el purgatorio existe el *evo*, que es un tipo de tiempo. Solo Dios vive en un eterno presente. Eso sí, cuatro días en el *evo* pueden hacerse increíblemente largos para el individuo, según las vivencias que llenen ese espacio temporal que discurre paralelo al tiempo terreno.

El *evo* del purgatorio es un tiempo personal, mientras que el tiempo terreno es un tiempo material, común a toda la humanidad. Aunque, sea dicho de paso, hay un *evo* común (para todos los espíritus) que es como el haz que reúne todas las espigas. Cada espiga simboliza un *evo* personal, el haz de espigas simboliza ese *discurrir temporal común* que surge de la conexión e interacción de todas esas temporalidades personales.

Esto lo digo porque, dado que el alma separada del cuerpo está situada en un tiempo espiritual, a alguno le podría parecer incorrecto afirmar que un alma ha salido del purgatorio *seis días* después de su muerte o *diez días* después. Pero no, no es incorrecto. Ambas temporalidades, aunque paralelas, poseen puntos de conexión, se entrelazan, hay intersecciones. Por ejemplo, *ahora* esta persona en la tierra eleva una oración en el tiempo material, y un alma del purgatorio recibe *ahora* esa gracia. Otro ejemplo, un alma del cielo intercede *ahora* (en el *evo*) por un familiar suyo en la tierra, y *ahora* recibe esa ayuda la persona que está en la tierra. El *ahora* del *evo* provoca un efecto en el *ahora* del tiempo de la tierra, o viceversa. Por eso, lo reitero, es correcto afirmar, por ejemplo, que un alma no salió del purgatorio hasta *dos meses* después de morir, u otras referencias temporales por el estilo.

EL TIEMPO CONCRETO QUE SUELE DURAR EL PURGATORIO

Como los pecados no suelen ser muy graves, la estancia en el purgatorio no suele ser larga. Aunque sea difícil afirmar si, usualmente, esa *brevedad* de la que hablamos es de una semana, de un mes o de un año. Soy consciente de que debe de haber todo tipo de longitud e intensidad de condenas en ese estado de purificación. Pero ¿cuánto suele ser el tiempo promedio que pasan las almas?

¿Cuál es el tiempo promedio de estancia en el purgatorio para las personas normales? Sí, ya sé que, para empezar, convendría distinguir entre cristianos y no cristianos. Pero normalmente, hoy en día, en el año 2023, en Europa Occidental, ¿hay tanta diferencia entre la vida moral de los españoles y la de los japoneses? Me temo que no, que las vidas ordinarias se parecen mucho, en virtudes y defectos, de unos a otros. Insisto, me refiero a las vidas ordinarias.

Aun así, no sé cuál es el tiempo promedio que las almas pasan en el purgatorio. Pero, por todo lo afirmado anteriormente, me atrevería a aventurar que lo normal es que los muy buenos cristianos no estén más allá de un día, dos o tres; que los cristianos buenos (es decir, practicantes) no pasen en esa morada más allá de unas semanas; y que el resto lo normal es que esté unos meses. Doy esta opinión basándome en la visión benigna de la que hablaba antes. Aunque, por muy benigno que uno sea, no creo que se pueda enderezar todo lo torcido de una vida en cinco minutos.

No parece excesivo pasar en tal estado tres o cuatro meses profundizando en la comprensión del propio mal cometido, alabando a Dios, orando por los vivos en la tierra, tratando de reparar (con la oración) lo que se pueda. Y realizar este proceso de sanación interior con la visita de ángeles y de santos que les enseñan, que los acompañan en ese proceso per-

sonal de comprensión del propio mal, de comprensión del bien que es Dios. Hay que entender lo que es el pecado en mí, lo que es el bien en su sentido más profundo, hay que enderezar todo lo torcido que haya en la propia alma.

Alguien podría decir que, si la vida ha durado años, lo normal es que el purgatorio dure años. Pero estamos hablando no de tener que repetir la vida (algo imposible, pues solo hay una existencia sobre la tierra), sino solo de comprender el mal cometido para, doliéndose de ello, a través del amor, corregir toda deformación que eso dejó en el alma. El pecado ha dejado consecuencias en el espíritu, y eso es lo que hay que ir regenerando con la ayuda de la gracia de Dios y el propio esfuerzo.

He escuchado visiones del purgatorio en las que subyace una especie de mentalidad de repetición. Como si una vida de setenta años requiriera, al menos, setenta años para purificarla. En el fondo se tiene la idea en esta concepción de que un día de vida sin Dios requiere de un día de vida en el purgatorio, sufriendo, como si todo tuviera que ser revivido. Porque, en esta forma de ver las cosas, lo esencial es el sufrimiento. En la concepción que yo propongo lo esencial es la ayuda del alma que tiene que limpiarse, purificarse y enderezarse. No se trata de «repetir», sino de que el ama reflexione, ore y esté abierta a la acción de la gracia para entender, para cambiar. No digo yo que no sea necesario revivir muchos episodios para entender y cambiar. Pero lo importante no es revivir, sino cambiar. Si algo se revive, se rememora, se recuerda en el purgatorio, es solo para enmendar, para orar por aquel al que dañamos, para reparar en la medida de lo posible. Reparar en nosotros mismos, reparar con la oración y nuestro amor el mal cometido. Estoy seguro de que la mayor parte del tiempo del purgatorio no está uno reviviendo el mal cometido, sino orando para pedir a Dios que todo sea reparado.

Cuanto más abajo está uno en las moradas del purgatorio, más tiempo pasa uno solo recordando el pasado con remordimiento: se revive mucho y ama poco; se atormenta uno mucho y se enmienda poco, porque entiende todavía poco. Cuanto más alto está en esas moradas del purgatorio, ya uno dedica cada vez más tiempo a alabar a Dios, a amarlo. También en esas altas moradas se pide perdón a Dios, y perdón por los hechos concretos, pero ese dolor está transido de amor y esperanza. Los que salen del purgatorio ya son santos, en la tierra los consideraríamos santos. Pero esa santidad es necesaria para soportar el impacto que supone la visión beatífica.

Por supuesto que en mi forma de entender el purgatorio hay sufrimiento. Cuanto más pecado hubo, más dolor provocará el pecado presente en nosotros. El dolor es una consecuencia inevitable de este proceso de sanación, pero lo sustancial del proceso es la comprensión a través de la gracia. Lo sustancial del purgatorio no es el sufrimiento, sino la comprensión. Todo pivota alrededor de esa realidad regenerativa, no alrededor de una mentalidad penal.

Tiene que darse un esfuerzo del individuo por comprender, lo cual lleva a recibir la gracia. Y esa gracia lo lleva a entender mejor. Este ciclo virtuoso (esfuerzo, comprensión, gracia, amor) se reitera hasta acabar con toda traza de pecado presente en ese espíritu. Lo esencial es ese ciclo virtuoso de cambio, de regeneración del alma, el sufrimiento es solo un subproducto inevitable. Nuestro Padre Celestial no quiere que nadie sufra. El sufrimiento, en el purgatorio, no es buscado directamente por Dios. Fijémonos en la diferencia tan esencial de considerar el purgatorio como una mera cárcel, a considerarlo como un hospital, como un monasterio. En la visión usual del purgatorio, la mayoría lo considera un castigo divino, castigo que consiste en ser encerrado en una prisión.

¿Es una cárcel, es un castigo? En cierto modo, sí. Podemos ver esa morada como una cárcel porque estar allí es una imposición sin alternativa. Si a alguien se le encierra en un lugar como imposición, si a alguien se le envía a un hospital quiera o no quiera, esa situación se parece a la de una prisión. No solo por la imposición, sino que también esa morada es un castigo porque se sufre. Pero lo que Dios busca directamente no es el encerramiento ni el dolor.

Sin duda, el purgatorio no es una mera prisión donde uno es encerrado y se le abre la puerta unos meses después. Es un estado, una morada en la que uno está acompañado, aprendiendo de los demás, acompañando a otros en ese proceso. Los sumergidos en ese estado se ayudan unos a otros.

En la casa de mi Padre, hay muchas moradas, afirmó Jesucristo. Lo mismo se puede decir del purgatorio y del infierno. Hablamos de moradas espirituales, es decir, de moradas que agrupan a personas en estados personales similares.

VARIEDAD EN EL PURGATORIO

Estoy seguro de que en ese estado hay almas que prefieren pasar más tiempo a solas, meditando, orando, haciendo penitencia espiritual; penitencia espiritual, sí, pues también las potencias espirituales pueden someterse a mortificación. En otros momentos, las almas están junto a otras, en grupo: hablando entre ellas, ayudándose; aconsejándose, animándose a aprovechar ese tiempo; también orando juntas. En otros momentos, reciben la visita de los celestiales: ángeles, santos, bienaventurados con vidas muy ordinarias. Digo «bienaventurados» pensando en familiares y amigos ya en el cielo, pero que pueden visitar el purgatorio para dar ánimo a los allí «condenados». Pongo entre comillas la palabra «con-

denados» porque esa condena es un don, un bien, un beneficio para el individuo enfermo en cuestión; enfermo moral, enfermo en su espíritu. Sin embargo, en el infierno no hay visitas, ya no tendrían sentido. Pero en el purgatorio sí que la comunión de los santos puede darse en todos los aspectos posibles.

EN EL CIELO NADA PUEDE ENTRAR IMPURO

¿Existe una condena al purgatorio? Sí, pero es una «condena» a enderezarse, a comprender. El purgatorio es una condena externa en cuanto que va a esa morada obligado por la voluntad de Dios. Pero esa condena externa, esa imposición, responde a una necesidad interna. El proceso purgativo es necesario antes de penetrar en la santidad suprema, que es la presencia de Dios sin velos.

Toda escoria debe ser removida del alma. De lo contrario, en ese horno de santidad, el mal abrasaría al espíritu como la peor de las torturas, creando una verdadera herida. La visión del propio mal hundiría a la persona en la tristeza sin medida. La hundiría en la más desastrosa falta de estima, en la recriminación sin fin. El impacto que supone para el «yo humano» la visión divina es brutal y no admite grados: o ves a Dios o no lo ves. Por más que te acerques, hay un momento en que, por fin, lo ves cara a cara. De ahí la necesidad de que se produzca esa purificación previa.

Al arrojarse a una piscina fría, se siente una gran impresión. Pues bien, el cuerpo tiene un límite, llegaría un momento en que el cuerpo no resistiría un impacto más allá de cierto nivel. Lo mismo pasa con el alma. La gradualidad en el ingreso ante Dios es necesaria. Incluso en las almas completamente purificadas, la aproximación hacia el trono de Dios tiene que producirse a través de una cierta graduali-

dad, que se produce atravesando las distintas moradas celestiales. Incluso al salir del purgatorio, hay una gradualidad que debe respetarse.

Pero si el impacto será brutal, el impacto de la visión del Ser Infinito, lo que no puede suceder es que, en ese momento, haya mal en nosotros. Por poner una comparación, los que trabajan en fundiciones saben que hay metales que cuando caen fundidos, formando un chorro delgado, una persona puede atravesar ese chorro con la mano sin quemarse. Hay que hacerlo con rapidez, pero uno no se quema, porque la mano está dentro del chorro solo una fracción de segundo y ese metal concreto (por sus características) resbala sobre la piel. Ahora bien, en un documental, le escuché a un trabajador de la fundición que hizo eso que, si en el metal fundido hubiera una pequeña escoria, atravesaría la mano como un cuchillo caliente atraviesa la mantequilla, dejando tras de sí un agujero en la mano. Del mismo modo, al entrar al horno de la presencia de Dios, la herida traumática que dejaría en el alma el mal presente en ella llevaría después mucho tiempo sanarla, más que el tiempo del purgatorio. Por lo tanto, el purgatorio es una necesidad, no una imposición externa por la necesidad de satisfacer unas necesidades justicieras.

En el cielo no puede entrar nada manchado, no porque eso disguste a Dios —el Señor conoce todo mal, todo el mal de la tierra está ante sus ojos—, sino por el bien del alma manchada.

EL PURGATORIO SUPERIOR

Este purgatorio que he descrito hasta ahora es el *purgatorio común*, al que van la mayoría de las personas. En este purgatorio común hay muchas moradas. Pero, del mismo modo que por debajo hay una *franja de las almas perdidas*,

probablemente hay una morada, por encima del purgatorio común, que es la *franja de las almas puras*. Desde hace años, pienso que hay personas que mueren no solo tan limpias, sino tan santificadas, que ni siquiera entran al purgatorio común. Para esas almas tan bendecidas bastará una breve estancia (quizá de un día o dos) en el *vestíbulo del cielo*, llamémoslo así, para poder penetrar en el *sanctasanc-tórum* completamente limpias. De manera que, según mi entender, sobre el purgatorio común se halla el vestíbulo del cielo al que se le puede llamar «purgatorio superior», que es donde van las almas del purgatorio justo antes de ascender al cielo.

¿Qué hizo Jesús antes de la última cena? Limpiarles los pies. *Jesús le dijo: El que se ha bañado no necesita lavarse, excepto los pies, pues está todo limpio* (Juan 13; 10). Las almas ya esencialmente purificadas pasan a ese lugar tan puro, donde se limpian de los mínimos restos de suciedad que el mal dejó en ellos. En el momento de morir, sus espíritus están tan purificados que pasan a un lugar inmaculado. Es cierto que el mal sale de dentro, de la voluntad, que uno no se contamina por lo externo. Ahora bien, el estado de perfección logrado tras tanto tiempo de esfuerzo, de acción de la gracia, requiere (como un requisito de conveniencia) recibir una ayuda específica. Específica en orden a entrar, en breve, ante la Presencia.

Lo que se recibe en ese vestíbulo son ayudas especiales para ese tránsito tan cercano hacia el Misterio de la Santísima Trinidad. Cuando hablo de ayudas, estas pueden ser visiones, gracias, intervención de los celestiales (humanos y angélicos). Pero en esta franja ya no es momento para largas enseñanzas, para dilatados diálogos con los celestiales, sino para sumirse en una profunda oración estática ante la contemplación de la puerta, la puerta por antonomasia, la puerta que supone la meta de toda la vida.

No es el momento para ejercitar funciones sociales, algo que sí que ocurre en moradas inferiores. En el purgatorio, sí que estimo que se da una acción de grupo a la hora de ayudarse unos a otros. Mientras que las almas situadas en el vestíbulo del cielo imagino que se hallan allí como individuos estáticos, sumidos en la oración, en la adoración; almas que no quieren distraerse ni se distraen, conscientes de la inminencia del paso que van a dar. En tiempo material, ¿cuánto están en esa morada que es como un vestíbulo? Reitero que la estancia durante un día o dos me parece muy razonable.

Así como en la tierra Jesucristo dispuso la extremaunción para santificarse justo antes del momento de pasar el velo, así también ahora hay gracias y ayudas especiales, específicas, destinadas para ese supremo momento. Me gusta llamarla «extremaunción», pues se trata de la unción administrada en el extremo de la vida. Por los enfermos —graves o no— se puede orar muchas veces en la vida y hasta usar sacramentales. Pero el sacramento de la extremaunción es un misterio que va mucho más allá de la mera oración genérica por un enfermo. En la extremaunción lo que esencialmente se busca es de tipo espiritual, no corporal. Sí, también se pide por ese cuerpo, para que la agonía le resulte más liviana. Pero lo que más se busca es preparar el alma para el ingreso ante la santidad divina.

El purgatorio común, por lo tanto, debe estar situado entre estas dos franjas: la de las almas perdidas y la de las almas cuyo ingreso al cielo es inminente. Franjas que no suponen un cambio cuantitativo, sino cualitativo. Los espíritus que están en uno u otro extremo están en una situación cualitativamente diversa de las del purgatorio común, por más que en ese purgatorio común haya, a su vez, muchas moradas.

En uno, en el purgatorio inferior, se siente el ardor del infierno, por cercanía; no me refiero con «cercanía» a referencias espaciales, pues hablo de estados. Mientras que en el

purgatorio superior se siente el ardor del amor del cielo. Estos dos purgatorios extremos son franjas definidas por por un «estar fuera» de ese espacio central, que es el ordinario. En la franja superior ese «estar fuera» se observa en su gran transitoriedad, en la inminencia. En la franja inferior se caracteriza por ese estar fuera del lugar que sería el adecuado para la purificación, es decir, una purificación con reconocimiento de las faltas y amor a Dios.

Los individuos humanos son seres sociales, del mismo modo que hablamos de una Jerusalén Celeste, se puede hablar de una «ciudad» de los que se purifican; entendiendo por «ciudad» una sociedad. Mientras que los que están en las dos franjas, unos vagan (de un modo solitario) y otros simplemente están delante absortos en lo que va a significar el ingreso.

Unos vagan en la oscuridad, no quieren que les moleste nadie porque están sumidos en una terrible tristeza. Los otros están estáticos, sumidos en pensamientos santos acerca de lo que hay detrás de ese primer velo. Tampoco estos quieren que los distraiga nadie de los más profundos actos de esperanza. Estos son como los que están sumidos en la más profunda oración y no quieren que nadie les estorbe.

Aunque los que están en el purgatorio superior no pasarán directamente a ver a Dios al entrar por la puerta del cielo, puerta que podríamos denominar «primer velo» a semejanza de los dos velos del templo de Jerusalén, imagen de las realidades celestiales. Primero verán la sociedad de los santos, con todos sus grados. Después de atravesar esas escalas de la bienaventuranza, llegarán al segundo velo, a la segunda puerta, tras la cual sí que está ya la visión de la esencia de Dios. Pero es algo tan grandioso que se requiere esa ascensión paulatina y no entrar directamente ante Dios, de un modo abrupto, provocando una increíble conmoción en ese espíritu finito.

CONVENIENCIA DE ESTA FRANJA SUPERIOR

Alguien podría argumentar que no hay necesidad de un purgatorio superior, que basta con el purgatorio común, donde ya hay varias moradas. La idea de la existencia de este vestíbulo surgió de la contemplación del esquema de estas moradas entre el cielo y el infierno. Es curioso cómo suele darse la simetría en los esquemas teológicos. Y pensé que por qué no iba a darse esa simetría en torno al purgatorio común. Reflexionando sobre el tema me di cuenta de que, si tomamos todas las características de la franja de las almas perdidas y les damos la vuelta del revés, si aplicamos esas características (pero en modo opuesto) a los que van a entrar al cielo, surge esa franja superior de un modo natural. ¡Es tan conveniente que exista el opuesto perfecto a esa franja inferior! Observemos algunas características:

Lo que está junto al infierno, pero no es infierno.
Lo que está junto al cielo, pero no es cielo.

Donde se siente el ardor del fuego vecino del infierno.
Donde llegan los resplandores del cielo.

La morada donde hay tiniebla sin fuego infernal.
La morada donde alcanza una luz celestial sin visión divina.

La morada de la condenación no eterna.
La morada de la transitoria espera felicísima.

La desesperanza en la tiniebla, vagando sin sentido.
La esperanza ante la luz, inmóviles de estupor.

Donde uno está sumido en la desesperanza máxima sin llegar a ser la del infierno.

Donde uno está sumido en la esperanza máxima a punto de salir del purgatorio.

Las moradas internas del purgatorio común surgen de agrupar a personas con conveniencias particulares de purificación. Pero, en realidad, podrían estar mezclados con los de otras moradas y la purificación se daría de igual manera. Mientras que las franjas superior e inferior surgen de una realidad personal muy diversa que requiere de un «espacio» distinto del que requiere cualquier pecado o vicio del que acaba de morir, o cualquier ignorancia o resistencia a la verdad de cualquier difunto. Como se ve, las dos franjas extremas no se definen por la clase de pecado o el tipo de ignorancia, sino por una situación personal muy diversa.

LA DOCTRINA DE LAS INDULGENCIAS

La doctrina acerca de las indulgencias que sostiene la Iglesia es correcta. Pero en mi opinión, aun siendo expresión de la verdad, se le pueden aplicar ciertas añadiduras que completarían más el cuadro general acerca del modo en el que actúan.

Desde niños hemos escuchado —y es algo correcto— que si Adolf Hitler o Fidel Castro o Stalin se arrepintieran en el último momento, con un arrepentimiento sincero, suficiente, irían al cielo tras purificarse en el purgatorio. Esa afirmación es correcta, ya que no hay pecado, por grande que sea, que no pueda perdonar Dios. Hasta aquí, todos estamos de acuerdo. Pero si una persona lucra una indulgencia plenaria por cualquiera de esos monstruos, ¿entraría en el cielo al día siguiente?

Si preguntamos eso a cien sacerdotes, todos se quedarían dubitativos un momento. Después, con gesto de estar poco convencidos, concluirían que, claro, que si la indulgencia es plenaria..., ¿qué otra posibilidad cabe? Esa falta de seguridad en la respuesta sería la tónica general, aunque muchos estimarían que están obligados a afirmar que creer en el

concepto de indulgencia plenaria implica, necesariamente, entrar en el cielo al día siguiente, hayas hecho lo que hayas hecho. Ahora bien, ¿ese concepto teológico, el de la indulgencia plenaria, implica que el alma, necesariamente, entra de forma automática e inmediata en el cielo? Bien, voy a ofrecer mi modesta opinión.

Para la mayoría de los que están en el purgatorio común, es muy fácil que con un pequeño «empujón» entren en el cielo. Por eso, no debe sorprendernos que sea tan fácil salir del purgatorio, para la mayoría. Pero cuando hay pecados en los que se ha hecho sufrir al prójimo a sabiendas, cuando se ha buscado directamente provocar dolor en otro ser humano, entonces eso ha causado una deformación en el alma que va a requerir más tiempo corregirla. Ya no es solo cuestión de limpiar, sino también de enderezar. Ya no es solo una cuestión de arrepentirse, sino de que antes se requiere comprender. Y el alma está tan deformada que va a requerir tiempo.

Solo habiendo cometido pecados de debilidad, se sale rápidamente del purgatorio, porque la persona se duele en seguida de los errores cometidos. *No quería hacer daño a nadie*, puede decir, y es verdad. Solo buscaba placer, satisfacer mis pasiones, gozar, en eso hay poca malicia. Pero los actos en los que se busca hacer daño al prójimo producen unos efectos en el espíritu que son cualitativamente distintos de los anteriores. Cuanto más dolor quisieron provocar, más deformaron su espíritu.

La medida del dolor ajeno que desearon (aunque no lo lograran) es la medida de la malignización de su espíritu. Siendo indiferente si tuvieron éxito en conseguir ese daño, siendo indiferente si carecían de medios para llevarlo a cabo. Una persona pobre, sin poder, puede ser mucho más maligna que un dictador; lo que importa es la voluntad. El que quiso torturar ya es un torturador en su interior. El que quiso matar ya tiene alma de asesino.

Los pecados de debilidad cambian el alma, pero son más externos. Los pecados de maldad cambian más profundamente el espíritu. Es como si los débiles necesitaran un «baño», y los otros precisaran de un «hospital» donde sanar daños internos. En unos hay una mugre externa, en otros hay enfermedad interna. Ojo, todo pecado, también los de debilidad, va cambiando la mentalidad, la psicología, el alma. Pero resulta evidente que unos pecados son más externos, afectan más superficialmente al «yo». Alguien que se entrega al placer ilícito puede seguir siendo buena persona.

Alguien que trabaja en la mafia, alguien que realiza acciones horribles al servicio de una dictadura, alguien que (sin pertenecer a ningún grupo criminal) tortura a otro ser humano no sigue siendo buena persona.

Cuando se gana una indulgencia plenaria por alguien con pecados de maldad se necesitará que ese «yo» enderece todo lo torcido que hay en su propia psicología, en su modo de ver el mundo y al prójimo. De ningún modo podrá entrar en el cielo hasta que ese enderezamiento se haya producido. Podemos ganar por un monstruo una y otra indulgencia plenaria, que solo saldrá del purgatorio cuando el proceso haya finalizado. La indulgencia como «baño» produce siempre su efecto, pero puede haber necesidad de algo más que un baño. La indulgencia plenaria no es un documento que llega del cielo con la orden de ser excarcelado. Toda indulgencia (parcial o plenaria) son gracias, iluminaciones, ayudas que recibe el alma para entender, amar, dolerse del mal cometido. La indulgencia plenaria no en todos los casos logra ese efecto de forma inmediata. Hay casos en los que se necesita tiempo por más que se reciba una indulgencia plenaria que para la mayoría de los sujetos supondría el empujón final para salir del purgatorio.

Según la constitución apostólica *Indulgentiarum doctrina* de Pablo VI, vigente hoy día, el santo padre explica que para

ganar la indulgencia plenaria: *Se requiere, además, que se excluya todo afecto al pecado, incluso venial*. Si esto es válido para los vivos, también para los difuntos. Por lo tanto, mientras no se dé esa situación, el alma del difunto no podrá salir del purgatorio.

Al considerar la indulgencia plenaria, puede parecer que una indulgencia parcial tiene muy poca importancia en comparación con ella. Ahora bien, aquí en la tierra no nos hacemos una idea cabal del amor y la emoción que suscita la llegada de una indulgencia parcial a estas almas que penan en el purgatorio común. Digo «emoción» porque saber que alguien se acuerda de ella y que realiza ese acto de compasión los conmueve muy vivamente. En medio de la tristeza que produce saber que la gente se ha olvidado de uno, que el mundo sigue con sus alegrías mientras uno pena, la llegada de un alivio, de una consolación, es para ellos algo que los conmueve muchísimo.

Por eso, de ningún modo, una indulgencia parcial es algo sin mucha importancia. Después de lo que he explicado comprobamos la armoniosa conjunción de indulgencias plenas y parciales que existe en el purgatorio. Hay que evitar considerar esas dos realidades como si la indulgencia parcial fuera un montoncito de monedas frente a un cofre lleno de doblones de oro que sería la plenaria. Ambos tipos de indulgencias se conjugan armoniosamente, se complementan. Y ya se ha visto (según mi concepción de esta realidad) que la indulgencia plenaria, en muchos casos, no obra de un modo automático la salida del purgatorio. En muchos casos, es así: una acción fulminante de la gracia obrando en ese espíritu. Pero, en otros casos, habrá que esperar a que se produzca una «sanación» interior. En otros casos, pues hay monstruos, habrá que esperar muchos años a pesar de todas las indulgencias plenas que se pudieran lucrar.

LA TESIS 82 DE LUTERO

En el fondo, la realidad teológica de la indulgencia no es otra cosa que la intercesión de Cristo, obtenida por la súplica de los sucesores de los apóstoles. Los sufrimientos de Cristo como argumento para pedir al Padre el perdón de los pecadores. Eso se traduce en una gracia que se envía al alma para que se acabe de purificar. Debo reiterar que la indulgencia no es un decreto de excarcelación, sino algo íntimo, que actúa en el alma.

¿Existe, por tanto, un «tesoro de los sufrimientos de Cristo»? Sí, sin duda. ¿Existe un poder de atar y desatar en los apóstoles y sus sucesores? Sí, sin duda. ¿El poder de las llaves se extiende a ese tesoro? El catecismo de la Iglesia católica afirma en su punto 992:

La indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados en cuanto a la culpa, que un fiel dispuesto y cumpliendo determinadas condiciones, consigue por mediación de la Iglesia, la cual, como administradora de la redención, distribuye y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los Santos.

La afirmación del catecismo es correcta. Ahora bien, a veces, se ha dado la impresión de que las indulgencias son algo tan sencillo como usar una llave y abrir una puerta. La imagen de la llave es adecuada si es entendida correctamente. La imagen de la llave es adecuada, en cuanto que el sucesor de Pedro tiene la capacidad de abrir la puerta de las gracias. Ojo, también cualquier cristiano tiene la capacidad de abrir la puerta de la gracia divina a través de sus propias oraciones y ayunos. También cualquier cristiano puede orar a Dios Padre apelando a los muchísimos sufrimientos de su hijo. Ciertamente que la situación del sucesor de Pedro a la hora de pedir indulgencias es distinta de un laico bautizado. El papa orará al Padre con la autoridad de la que está investido, orará como

cabeza de la Iglesia, a su oración se unen las plegarias de toda la Iglesia; es decir, su oración recoge, asume, condensa las plegarias de todos los bautizados católicos. Tan poderosa es su oración, tan grande es su autoridad sagrada, tan notable es su postura como cabeza de un cuerpo místico, que, con razón, en este campo de las indulgencias, se puede hablar de una llave. Pero toda la autoridad sagrada de un papa no puede cambiar el ser de las cosas: si un alma no está preparada para entrar en el cielo, no va a entrar por decreto papal; si debe esperar, tendrá que esperar.

La doctrina sobre las indulgencias, es decir, la enseñanza del magisterio, es correcta. Pero qué duda cabe que es un tema en el que hay más tela que cortar. Lo que se ha enseñado no es todo lo que se puede decir sobre ese campo. Y, ciertamente, en algunos siglos, se ha ofrecido una impresión claramente mejorable de este misterio. Como si la llave de Pedro no fuera una llave de intercesión, de petición, de súplica al Padre a través del dolor de Cristo; sino que, a veces, fuera de la doctrina magisterial, más allá de esta, se ha ofrecido una impresión de automaticidad, de soberbia, de actuar como dueños, como señores. Peor todavía, en ocasiones, se ha llegado a ofrecer una impresión de compraventa. Hay que afirmarlo con toda rotundidad: ni el mismo papa puede sacar un alma del purgatorio por sí mismo. Al mismo tiempo, es correcto afirmar que una señora buena, sencilla, de mucha oración, ha sacado muchas almas del purgatorio, incluso ha podido sacar una al día. Pero ¿cómo? A través de la humildad. Ni a Dios se le puede exigir nada ni a las almas del purgatorio tampoco. La gracia no puede forzar a la voluntad humana: eso vale para la conversión, pero también para la purificación.

Al final, siempre debemos recordar que la salida del purgatorio implica la finalización del proceso de purificación. Salir antes de acabar el proceso no sería ningún bien. Pero nosotros, los viadores, podemos ayudar mucho en ese proceso.

No niego que estoy haciendo de menos la doctrina sobre las indulgencias, sino que trato de reconducir a la verdad la impresión de que, a veces, se ofrece de liberación instantánea, obligatoria, casi exigida por la autoridad de los sagrados pastores. De hecho, fijémonos en que el sacramento de la confesión tampoco actúa como una varita mágica, sino que actúa según las disposiciones del que recibe el sacramento. *Mutatis mutandis* eso vale para las indulgencias: no soy una varita mágica, pero tampoco son una mera oración. Las indulgencias son intercesión de la Iglesia, pero intercesión unida a la autoridad sagrada de los sucesores de los apóstoles.

Si todo fuera tan automático e instantáneo, si esa administración fuera tan independiente de la gracia (la cual procede de la voluntad divina) y de la libertad (del humano purgante), entonces Lutero tendría razón cuando escribió en su tesis 82: *¿Por qué el papa no deja vacío el purgatorio en acto de santísima caridad y en atención a la suma necesidad de las almas?*

Es decir, si todo fuera tan fácil como un golpe de la varita mágica, ¿por qué no vaciar el purgatorio? ¿Acaso los sufrimientos de Cristo no son sobreabundantemente eficaces para acabar con todo rastro de pecado por pequeño que sea? La respuesta es sí, en sí mismos tienen la capacidad de borrar todo reato de culpa. Pero, aplicados esos méritos de Cristo a nosotros, se precisa de la colaboración del purgante. Colaboración que se produce a lo largo de un proceso que conlleva su tiempo, de ahí la temporalidad del purgatorio.

CASOS EXTREMOS DE LARGA DURACIÓN PURGANTE

Después de todas estas consideraciones, de todos estos matices, de profundizar en la verdadera esencia del purgatorio y de las indulgencias, ¿cuánto tiempo pasarán los grandes

monstruos del mal que ha habido sobre la tierra? Si se hubieran salvado, ¿cuánto duraría el purgatorio de Mussolini, de un torturador a las órdenes de Stalin, de Pol Pot? Aplicando el sentido común, da la sensación de que la purificación en ningún caso duraría menos de una gran cantidad de decenios. Lo normal, lo que parece surgir de nuestra alma como respuesta, es que su pena purgativa durará siglos. Quizá considerar una duración hasta el juicio final pueda ya ser excesiva; pero mucho tiempo, sí: ¿ochenta años?, ¿ciento veinte años?, ¿doscientos años? Nada es posible saber. Dios no lo ha revelado y la luz de la razón no ilumina ese aspecto del purgatorio.

